

Jerusalén, santa y cautiva

Mikel Ayestaran

Desde el corazón de la Ciudad Vieja
a la eternidad

© Mikel Ayestaran Ayerra, 2021

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Primera edición: abril de 2021

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2021
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensula@planeta.es
www.edicionespensula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Depósito legal: B. 3.903-2021
ISBN: 978-84-9942-986-1

ÍNDICE

Cronología	13
Prólogo	17
1. EXTRAMUROS	29
Musrara	29
Estudiar en Hogwarts	39
Compras en la ruta Damasco	42
2. BARRIO MUSULMÁN	47
Puerta de Damasco	47
Palestinos negros	53
La guerra del hummus	57
Café y postre	61
Con la cruz auestas	68
Oasis y ocupación	72
La tienda del señor Barakat	77
Historia de familias	79
3. BARRIO CRISTIANO	85
Puerta de Yafa	85
Éxodo cristiano	89
Tatuajes divinos	91

El cristal de Jerusalén	95
Santiago de Míchigan	103
Colegio español	108
Navidad, 365 días	111
4. BARRIO ARMENIO	117
Puerta de Sion	117
Historia en colores	122
Extranjeros eternos	129
La última cena	133
5. BARRIO JUDÍO	141
Un Dalí en el Cardo	141
Sinagoga para puros	147
Despertador de judíos	153
Trescientos sesenta ojos te vigilan	159
La guerra de la arqueología	163
El monte de las tumbas	170
6. LOS TRES LUGARES SANTOS	175
El Santo Sepulcro	176
Apariciones	185
El almuédano de Al Aqsa	190
La Explanada de las Mezquitas (Haram esh-Sharif)	194
El Muro de los Lamentos	202
El Monte del Templo	207
7. ORIENTE MEDIO EN PEDAZOS	213
Epílogo	231
Agradecimientos	235
Lecturas recomendadas	237

I

EXTRAMUROS

MUSRARA

El frío era el único inquilino del apartamento. Nos esperaba. La puerta de uno de los balcones estaba abierta. Ese frío cortante y duro del enero de Jerusalén. De poco sirvió cerrarla y encender las viejas calefacciones eléctricas de color gris porque hay fríos que llegan para quedarse y castigarte. Así es el frío en esta ciudad, eterno. Metimos a los niños en la cama, dejamos las maletas en la sala y nos abrazamos. Con esta estampa siberiana, el 8 de enero de 2015, empezó una nueva vida a miles de kilómetros de casa. Estábamos juntos. Por fin.

Elegimos para vivir el barrio de Musrara, en la parte occidental de Jerusalén. Mejor dicho, Musrara nos ha elegido a nosotros. Un barrio lleno de contradicciones, partido durante la guerra y ocupado en la posguerra. Está situado a las puertas de la Ciudad Vieja y en plena Línea Verde, esa frontera establecida en 1948 por israelíes y jordanos, que tuvo un muro hasta 1967 y que sigue teniéndolo. Alto y fuerte, pero invisible. Hoy no hay pared física, ni francotiradores, pero la división es profunda.

Vivir en Musrara nos convierte en okupas a ojos de periodistas como Amira Hass, conocida reportera de *Haaretz*, un diario tan aplaudido y leído por la comunidad internacional

como ignorado por los lectores israelíes, que no pierde oportunidad para subrayar su carácter de barrio ocupado.

En mitad de mi búsqueda desesperada de apartamento, Javier Martín, compañero de la agencia EFE, anunció que se mudaba a Túnez y de esa forma me quedé con su piso, electrodomésticos, su coche y con un dibujo precioso de un pájaro que su hija Andrea dejó colgado en su habitación y que allí sigue como señal de respeto a los antiguos inquilinos. El apartamento está en el tercer piso del número 11 de la calle Elisha, una casona árabe a la que sus nuevos propietarios israelíes añadieron dos plantas extras, algo muy habitual tras la ocupación del barrio y la expulsión de sus habitantes originales hace setenta años. Hasta entonces la mayoría de las casas tenía una o dos plantas.

Elisha, abreviación de Elishua, es el nombre en hebreo del profeta Eliseo, que vivió en el año 800 a. C. *El libro de los reyes* cuenta que era un forzado agricultor «capaz de arar la tierra dirigiendo doce yuntas de bueyes» y se le atribuye una larga lista de milagros, desde la división de las aguas del Jordán hasta resurrecciones. Multiplicaciones de panes o curaciones de lepra. Al profeta le corresponde el honor de dar nombre a la calle con la cuesta más pronunciada de Musrara 2.800 años después.

El barrio se estableció en 1875 como una de las primeras zonas extramuros levantada por la burguesía jerosolimitana. Los que se mudaron por aquellos días a esta zona buscaban casas con mayor espacio que las que podía ofrecer la Ciudad Vieja, además de vivir fuera de las puertas de una muralla que se cerraba cada noche por motivos de seguridad. Nuestro apartamento es un añadido a la casa original. Tiene dos habitaciones, un salón comedor y un balcón con vistas al Monte de los Olivos, a la Ciudad Vieja y desde el que vemos una parte del Domo de la Roca, el santuario musulmán coronado por

una impresionante cúpula de color dorado que, muy a pesar de los sectores judíos más radicales, es el símbolo más representativo y fotografiado de la ciudad. Cuando me asomo a ese balcón me entran ganas de llorar pensando en el día en el que me tocará abandonarlo. Aquí siento mi particular síndrome de Jerusalén. En mi caso no por sufrir el trastorno psicológico que afecta a turistas y vecinos de la ciudad santa que empiezan a actuar como personajes bíblicos, sino por la angustia que me da pensar que algún día perderé esa atalaya.

No soy el primer periodista enganchado de Musrara ni seré el último. La reportera italiana Paola Caridi calificó a nuestro barrio adoptivo como el centro del mundo. A ella le cautivaron de inmediato «el estilo de fin de siglo de las casas de piedra, las ventanas árabes altas, los jardines y los frutales». Da pena el nulo cuidado en la conservación de la mayor parte de los edificios, pero te acostumbras a esa decadencia a base de cerrar los ojos e imaginar Musrara en sus años de esplendor.

En su libro *Jerusalem Without God*, Caridi recuerda que en este barrio fue a donde llegó primero la electricidad en toda la ciudad, lo hizo al complejo de Notre Dame, entonces bastión católico francés. Pero la luz se apagó cuando hablaron las armas y Musrara se convirtió en la zona más peligrosa de Jerusalén durante la primera guerra árabe-israelí, que estalló en 1948. La situación se había ido calentando desde la decisión de la ONU de respaldar la partición de Palestina y poner fecha de caducidad al Mandato británico. El mismo día que el Reino Unido sacaba a sus cien mil hombres, acosado por los golpes de los grupos armados judíos y árabes, Israel proclamaba su independencia. Era el 14 de mayo y solo veinticuatro horas después los ejércitos de Siria, Líbano, Egipto y Jordania comenzaron los ataques contra el recién nacido Estado. En 1949 se firmaron los armisticios de paz. Moshe Dayan, comandante en jefe del Ejército israelí y ministro de Defensa, y

Abdulah Tell, oficial jordano, se reunieron en Musrara para repartirse la ciudad en dos y dar por terminada la primera guerra. La firma llegó acompañada del levantamiento de un muro que dividió Musrara y partió Jerusalén.

Las familias árabes, cristianas y musulmanas del barrio huieron y en su lugar llegaron judíos mizrajíes, venidos de países árabes, a quienes los problemas para encontrar vivienda los llevaron hasta una línea del frente a la que nadie quería ir a vivir. Pasaron de la nada a meterse en mansiones abandonadas que, con el paso de los años serían suyas gracias a la Ley de Propiedad de los Ausentes, un mecanismo utilizado desde entonces para confiscar la tierra y las propiedades abandonadas por palestinos.

El muro de separación fue derribado en 1967 tras la victoria de Israel en la guerra de los Seis Días. El Ejército israelí lanzó ataques precisos contra las fuerzas de Egipto, Jordania y Siria. La operación fue un éxito y en menos de una semana ocuparon los Altos del Golán, Gaza, Cisjordania, el Sinaí egipcio y el tesoro más preciado: la zona oriental de Jerusalén con la Ciudad Vieja en su corazón y Musrara a sus puertas.

La parte occidental de nuestro barrio se mantuvo como barrio árabe, aunque judío, y sus nuevos inquilinos, étnicamente árabes, tenían mucho más en común con los palestinos que con los judíos asquenazíes emigrados de Europa y encargados de dirigir un Estado donde los mizrajíes se sentían ciudadanos de segunda categoría. Esto provocaría con el paso del tiempo el nacimiento en Musrara de un grupo como las Panteras Negras, movimiento urbano de los judíos árabes que emulaba la corriente afroamericana en Estados Unidos. Golda Meier, la auténtica Dama de Hierro de la política israelí, dijo en los setenta sobre ellos: «*They are not so nice*» («No son muy agradables»). Esta frase se puede leer en el callejón frente a nuestra casa, lugar antiguamente frecuentado por camellos y

heroinómanos y que, según los vecinos, antes era escenario de redadas semanales. A la espera de una ansiada gentrificación por parte de las inmobiliarias, en el Musrara del siglo XXI se mezclan un área lumpen, bloques de viviendas baratas para ultraortodoxos y residencias de lujo de nuevos ricos judíos llegados de Francia o Estados Unidos. Luego estamos los expatriados no judíos, siempre de paso y pagando rentas al precio de Manhattan.

El dueño de nuestro piso es un médico francés, pero la gestión del alquiler la lleva Uriel Dreyfus, un abogado también francés y pariente del mítico capitán del siglo XIX Alfred Dreyfus, víctima de uno de los hitos de la historia del antisemitismo, el famoso caso Dreyfus. El capitán francés fue humillado públicamente, despojado de sus insignias y enviado a una prisión a la Guayana Francesa por un delito de traición que sus superiores sabían que no había cometido y que le atribuyeron por ser judío. Uriel es espigado, con gafas de moderno y en ocasiones te recibe en su oficina de la German Colony vestido de uniforme porque es reservista. El pago es por adelantado, en metálico y cada tres meses. Cada trimestre debo reunir miles y miles de séqueles y llevárselos en un sobre. Antes de contar el dinero billete a billete, el más alto es de doscientos séqueles y tiene la imagen del poeta Nathan Alterman, charlamos sobre la situación política o mis viajes a los países vecinos. Su obsesión es hacerme entender que su única forma de sobrevivir como pueblo es la mano dura contra los árabes.

Entre el piso y la escuela internacional, otro tema fundamental para un expatriado con hijos, comienzo cada mes con una losa en la espalda, una losa desconocida para la mayor parte de los expatriados que me rodean a quienes sus empresas les pagan los gastos. Justo antes de mi segunda visita a Dreyfus había empezado a leer *Historias de Nueva York*, de Enric González, y me quedé anclado en la página 25 cuando el corres-

ponsal de *El País* recuerda el momento en el que encontró piso en la Gran Manzana:

A veces, la vida nos exige transigir. A mí me exigió algo más que eso. Me exigió suplicar, jurar fidelidad eterna, prometer sumas inconcebibles por adelantado y en efectivo. «Habría que pagar anticipadamente un año de alquiler —dijo la administradora—. Antes del viernes.»

—¿Tú estás loco? —preguntó Josefa Gutiérrez, la otra administradora, la de la redacción de *El País*, cuando le pedí que me anticipara cincuenta mil dólares con urgencia. Pero Josefa, como otras veces, acabó sacándome del apuro. Y envió el dinero.

En ese momento, además de admirar a Enric por su forma de escribir, sentí una profunda envidia (e impotencia) por no tener una Josefa a quien contar mis penas y pedirle que me cubriera las espaldas para que yo me pudiera dedicar solo a trabajar, sin tener que estar pendiente de las cuentas. Desde ese día he tenido muy claro que hay dos tipos de corresponsales: los que se pueden dedicar a trabajar con los gastos pagados y los que tenemos que trabajar para pagar los gastos.

De los dos cuartos de la casa, los niños ocupan el más grande y Alo y yo el pequeño, donde tengo mi despacho, una oficina con vistas a Mea Shearim y Sheij Jarrah, dos caras de una misma ciudad separadas por la carretera número uno.

Cuando llegamos, el primer vecino que acudió a presentarse fue John Reed, corresponsal de *Financial Times*, que sin decir buenos días nos preguntó si teníamos niños o no. Cuando los vio, se le cambió la cara, sobre todo porque se dio cuenta de que su cuarto estaba justo sobre el suyo.

—Espero que no hagan mucho ruido porque los de Javier... —nos dijo como si hablara de electrodomésticos, aunque siempre elegante y calmado.

—Son niños —le respondí con mi inglés oxidado, sin ganas de darle más explicaciones.

John y su pareja, Germán, se convirtieron con el paso de los meses en unos buenos vecinos y nos invitaron a varias cenas en las que compartimos mesa con los corresponsales de grandes medios anglosajones, los medios que de verdad marcan la agenda en esta parte del mundo. Pero esta es una ciudad muy dinámica y pasados dos años, cambiaron de destino y el piso que alquilaban lo compró una familia de judíos franceses religiosos que pagaron ochocientos mil dólares a cambio.

También el matrimonio del primer piso, Michael y Eleanor Satlow, se ganaron nuestro afecto desde el primer día. Dos abuelos estadounidenses siempre dispuestos a ayudar y que cada año nos invitan a la barbacoa del Día Nacional de Israel. Esa cita se ha convertido en una reunión de sionistas nostálgicos, de gente crítica con el rumbo actual del país, que tras alabar la calidad de las hamburguesas de Michael dejan las críticas a Netanyahu para el postre.

A unos minutos caminando cuesta arriba desde nuestra casa vivía Ana Alba, corresponsal de *El Periódico* y segunda más veterana de la colonia de reporteros españoles tras Eugeni, el decano en Tierra Santa. La colonia había ido menguando con el paso de los años y el peso de la crisis que afecta al periodismo. La casa de Ana Alba, siempre había que decir el apellido porque también estaba Ana Cárdenes, jefa de la agencia EFE, estaba en la calle Yafa, que no es Musrara, pero casi la podíamos ver desde el balcón. Alquilaba un piso que forma parte de la Obra Pía de los Santos Lugares, institución ligada a la presencia española en Tierra Santa, que gestiona el Consulado de España. Ese piso es en realidad una especie de palomar reconvertido en vivienda con una terraza enorme desde la que se divisa en todo su esplendor la cárcel del Complejo Ruso. Ana era un espíritu incansable, *freelance* y, además de para el diario,

trabajaba para el servicio en español de la agencia rusa Sputnik, lo que la obligaba a vivir pegada al ordenador. Hicimos muchos viajes juntos por Israel y los territorios ocupados, uno de los primeros y más largo nos llevó hasta Bersheba, al sur del país, para cubrir una historia sobre los judíos negros llegados desde Etiopía y que se sentían maltratados por las autoridades. La melena rubia de Ana causó furor en el responsable de la ONG que nos atendió. El joven no escatimó palabras bonitas hacia ella y no dudó en pedirle el teléfono y el contacto de Facebook. Cuando regresamos a Jerusalén, Ana ya tenía dos mensajes con propuestas para el fin de semana. Desde ese día no he dejado de tomarle el pelo y de preguntarle por la cantidad de corazones que ha roto en su carrera.

—Piensa, Ana, que en cualquier momento puede aparecer el hombre de tu vida —le solía decir nada más arrancar el coche.

—Seguro que sí...

—Militar, periodista, cooperante, vendedor de alfombras... nunca se sabe, Ana Alba, donde puedes encontrarlo.

—¡Calla, calla y tira, que llegamos tarde! —respondía antes de encender su ordenador y ponerse a escribir.

Al asomarme al balcón de mi casa veo la cúpula dorada, sí, pero también tengo en frente la casa del Opus Dei en Tierra Santa, en cuyo primer piso vive un rabino que nunca apaga la luz y tiene unas hijas muy gritonas que aprovechan su ausencia para poner la música a todo volumen; diviso la parte superior de Notre Dame, convertido ahora en hotel de lujo gestionado por los Legionarios de Cristo Rey; y un bloque de *shikunim*, apartamentos de estilo soviético levantado en los sesenta para solucionar los problemas de vivienda de los emigrantes mizrajíes, que después fue el hogar de la emigración rusa llegada en los ochenta y que poco a poco se ha ido llenando de familias de judíos ultraortodoxos, la tercera gran oleada de emigración

judía a Musrara. Desde el punto de vista arquitectónico, este bloque es todo un atentado estético a un barrio que en el pasado albergaba preciosas mansiones; desde la óptica religiosa supone un apéndice del vecino Mea Shearim, el gran barrio ultrarreligioso de la ciudad. Pronto nos dimos cuenta de lo que esto supone. Niños y más niños en el parque, niños que se cuidan entre hermanos porque el padre está estudiando la torá y la madre a punto de dar de nuevo a luz. Niños que los sábados tratan de cerrar la carretera para obligarnos a respetar el *sabbat* ante la pasividad absoluta de la Policía, niños que escupieron en una ocasión a nuestros hijos porque los consideran sucios.

Llegamos a Jerusalén con cuatro maletas. Un mes antes yo me había encargado de comprar los muebles básicos y todo lo imprescindible en una visita al Ikea de Rishon Letzion, cerca de Tel Aviv. Hasta allí fui en el Seat Córdoba de Eugeni, en la primera y única visita que el decano ha hecho a esta cadena sueca de venta de muebles. La compra más recordada de ese viaje es el sillón para la sala, el sofá cama Lugnvik de color negro y que era la gran oferta del momento.

—¿Es cómodo? —le pregunté a Eugeni mientras lo probaba. Yo estaba agobiado con una lista interminable en la que iba apuntando los números de referencia y el lugar donde más tarde podría encontrar cada cosa en el almacén.

—Muy cómodo, me quedaría dormido si pudiera —dijo estirando las piernas en el *chaise longue*, que resultaba un poco corto y le dejaba los pies colgando.

De verdad, es cómodo, pero solo si pones los cojines de respaldo. Sin los cojines es una tabla dura que se convierte en asiento para faquires. No hay una sola visita de Eugeni a casa en la que no le recuerde lo «cómodo» que es el dichoso sofá.

Con el paso de los años he discutido con varios vecinos el tema de vivir en un barrio ocupado y me miran con cara de

extrañeza, como si les contara historias de dragones y princesas. La única presencia árabe que queda en Musrara es la de los trabajadores de la limpieza municipales, los albañiles o pintores contratados para alguna reforma o las parejas que buscan refugio en el parque de la calle Elisha, junto a mi casa, para hacer manitas de manera furtiva. Los tres bancos de este parque que veo desde mi balcón se convirtieron en una parte importante de mi vida durante los confinamientos provocados por el coronavirus. Sin quererlo, comencé una serie en Instagram llamada #banco-grafia que consistía en retratar desde el balcón a la gente que se sentaba allí. Una foto cada día, con el banco como testigo y los vecinos, o la ausencia de ellos, como protagonistas. Un proyecto para intentar contar de otra manera cómo se vive un confinamiento y para denunciar el pasotismo absoluto de la comunidad ultraortodoxa de la cercana calle Daniel, que nunca respetó las restricciones impuestas por las autoridades. Lo que comenzó de casualidad, se convirtió con el paso de los meses en un diálogo diario con miles de seguidores que, al despertar, acudían a mi cuenta para visitar los bancos de este parque de Musrara.

Olga Negnevitsky hizo su aliyá desde Rusia en los noventa. Su idea era establecerse en Ashkelón, en la costa, porque tenía allí varios conocidos, pero un cambio de planes de última hora la trajo a Jerusalén y la búsqueda de un alquiler barato dio con ella, su hijo y su *chow chow* negro en uno de los *shikunim* de Musrara. Tras dos años de alquiler empezó a buscar una casa en venta en el barrio y la encontró, nada más y nada menos que en un apartamento en la casa de las ventanas, en la que vivió durante ocho años y se inspiró Adina Hoffman para escribir su libro *House of Windows. Portraits from a Jerusalem Neighborhood*. Olga siempre nos saluda y su pequinés, el relevo de su *chow chow* ruso, agradece las caricias de los niños. Un día le pregunté por su llegada a Israel y por el Musrara que se encontró aquellos días.

—Venía de Moscú y esto me pareció una aldea, pero me gustó mucho por el tipo de gente, porque hay árboles, por la arquitectura de las casas y porque nada más llegar encontré algo barato y céntrico. Tuve que trabajar muy duro para pagar todos los créditos que pedí, pero finalmente pagué mis deudas.

—¿Y su casa? ¿Sabe a quién pertenecía?

—No lo sé, yo he trabajado toda mi vida para pagarla. Durante años trabajaba entre semana como conservadora en distintos museos y los viernes tenía que meter nueve horas como limpiadora en tres apartamentos de la casa en la que vives, en la calle Elisha. Necesitaba el dinero. La señora Hoffman investigó el origen de estas casas y su libro no sentó nada bien en el barrio...

Silencio.

—Ahora las cosas han cambiado. La llegada de tanto religioso ha cambiado el carácter del barrio. Cada vez son más y más y tratan de imponer su forma de vida al resto, que somos seculares.

El Musrara del siglo XXI se viste poco a poco del blanco y negro de los ultraortodoxos y retrocede en el tiempo, alejado del barrio que levantaron árabes cristianos y musulmanes y ocuparon judíos mizrajíes.

ESTUDIAR EN HOGWARTS

La búsqueda de colegio fue sencilla. Al no tener claro el tiempo que podía durar esta aventura queríamos que los niños estudiaran en inglés y por ello las opciones se limitaban a la American School y al Anglican International School Jerusalem (AISJ). La primera está en la otra parte de esta ciudad donde el tráfico es infernal, así que pusimos la educación de Ane y Telmo en manos de los anglicanos, lo que supone un gasto en

primaria similar a lo que algún día tendremos que desembolsar para que estudien en alguna universidad extranjera, si es que así lo deciden. El centro está en el número 82 de la calle Haneviim, la calle de los Profetas, una distancia caminable desde casa. Por las mañanas, en apenas quince minutos subimos la cuesta de Elisha hasta el ayuntamiento y de allí, en paralelo al tranvía, caminamos por la céntrica calle Yafa, que a esa hora estaba en pleno despertar. Una calle peatonalizada en 2011 que discurre entre edificios imponentes como el de Correos y tiendas de ropa y zapatos baratos, electrodomésticos, cafeterías y restaurantes. Esto es lo que se puede considerar el *downtown*, con la plaza Sion como punto neurálgico desde donde parte Ben Yehuda, otra calle peatonal, pero la suciedad permanente, los orines en los soportales, el nulo respeto a edificios que en el pasado formaron una calle señorial y la construcción de bloques altos de viviendas impersonales han borrado el alma de la Yafa histórica para convertirla en un paraíso *kitsch*.

Llegamos a Jerusalén tras el parón escolar navideño, a mitad de curso y por un pequeño malentendido pensaron que los niños venían de Estados Unidos y no de la ikastola (escuela donde la lengua vehicular es el euskera) de Azpeitia. Entré con Ane en su primera clase y la profesora se dirigió a ella para darle la bienvenida. Mi hija se quedó callada. La profesora siguió hablando y hablando, pero Ane solo podía sonreírle porque no entendía nada. Tuve que intervenir para presentarnos y recibí una de esas miradas de tu hija imborrables. El padre salvador que de pronto se suelta en un idioma que ella desconoce y arregla un problema. En unos pocos meses la cosa cambió de forma radical y la propia Ane se convirtió en nuestra traductora con los nativos más cerrados.

El colegio fue en sus orígenes un hospital británico que abrió sus puertas en 1843. Un edificio en el que uno tiene la

sensación de adentrarse en Hogwarts para encontrarse en cualquier momento con Harry Potter y sus amigos. Es un conjunto de edificios de piedra con un jardín circular en su parte central, todo perfectamente cuidado. Un oasis de orden y limpieza. En la primera reunión que tuvimos con la jefa de estudios las palabras fueron concluyentes.

—Fuimos un imperio y nosotros nos dedicamos a hacer soldados para nuestro imperio —nos soltó en un aula de primaria en la que estábamos sentados en sillas de colores y rodeados de dibujos hechos por los niños.

—¿Cómo dice? —le dije sin poder ocultar mi asombro.

—Matemáticas y lectura, lectura y matemáticas, esos son los pilares de nuestro imperio.

No he vuelto a escuchar la palabra «imperio», pero no me he olvidado de aquella primera conversación y me viene a la cabeza cada vez que veo el escudo del colegio en la camiseta de deporte que los niños visten dos días por semana para las clases de Educación Física. Nosotros estábamos preocupados por su adaptación, el menú en el comedor... pero la maquinaria anglicana funciona a la perfección, engrasada por décadas de trabajo con estudiantes llegados de todo el mundo desde diferentes sistemas educativos y en diferentes idiomas. Los niños entran a clase a golpe de silbato y en filas, se dirigen a los profesores de usted, desde la guardería visitaban la biblioteca como auténticos soldados de los libros y el inglés se convierte en la lengua única de estudio y juego, un idioma invasivo que ha entrado en nuestra casa hasta convertirse en la lengua que emplean entre los dos hermanos. Es peculiar la mezcla de su inglés británico con el euskera materno de Azpeitia, un coctel solo superado por el primer impacto de las clases de religión en el pequeño Telmo.

—*Aita, do you know who is my dad, I mean, my real dad?* («Papá, ¿sabes quién es mi padre, me refiero a mi padre real?»)

—me soltó una tarde a la salida del colegio cuando yo estaba ocupado separando su bocadillo del de Ane.

—*Zer esan duzu?* («¿Qué dices?»)

—*If you know who is my real dad?* («¿Si sabes quién es mi padre real?») —preguntó por segunda vez y en tono serio.

—Telmo... —no me dio tiempo de articular una respuesta y ya tenía la suya.

—*You are not my dad, my dad is God.* («Tú no eres mi padre, mi padre es Dios»).

Está claro que el imperio trabaja en algo más que las matemáticas y la lectura. Jerusalén es mucho Jerusalén.

COMPRAS EN LA RUTA DAMASCO

La guerra de 1948 partió en dos mi barrio, Musrara. Las grandes mansiones quedaron en el lado israelí y la zona comercial, en el jordano. Esta partición se mantiene y en toda la zona occidental no queda una sola tienda, bar o restaurante. Nada. Al otro lado, sin embargo, se ha consolidado una arteria comercial en la que se mezclan tiendas de teléfonos móviles, supermercados, carnicerías que hacen también de pescaderías los viernes cuando llega género fresco de Tel Aviv, fruterías, restaurantes de comida rápida y cafés al aire libre que las noches de buen tiempo, casi todas, ponen en marcha proyectores para seguir los partidos de la Liga española en directo. Cafés que, en el caso de Musrara, se llenan de seguidores del Real Madrid, lo que es evidente cada vez que el equipo blanco mete un gol, ya que los gritos los escuchamos desde casa. Hay un hostel barato llamado Palm, muy solicitado entre los viajeros de menor presupuesto, y el hotel Ramsés, que solo abre para alojar al personal de la misión de las Naciones Unidas en el Golán.

La calle paralela a Musrara es la Nablus Road y recibe este nombre porque por aquí transcurría la ruta que antiguamente enlazaba la ciudad santa con Nablus y desde allí a Damasco. Apenas doscientos kilómetros separan Jerusalén de la capital siria, aunque la frontera estaba cerrada a cal y canto. La única opción posible para ir por tierra es cruzar a Jordania y de allí hasta Siria. Lo que estira el camino a trescientos kilómetros son las horas y horas de espera en los pasos fronterizos. Hasta 2011 era un recorrido habitual para los viajeros que llegaban a Oriente Medio y podían plantearse un recorrido por Tel Aviv, Jerusalén, Amman, Petra, Damasco y Beirut; pero tras el estallido de la guerra en Siria esto se acabó y el *tour* se ha reducido a un combinado entre Israel, los Territorios Palestinos y Jordania. La frontera jordano-siria se reabrió en 2018, lo que ocurre es que el país vecino necesitará muchos años para recuperarse de las heridas sufridas y el turismo tendrá que esperar.

Nunca me quito de la cabeza que yo hago la compra a diario en este primer tramo de la ruta legendaria entre Jerusalén y Damasco. Sueño con un Oriente Medio Schengen, al estilo de la Unión Europea, sin fronteras internas ni visados. Al inicio de la Nablus Road, junto a una gran frutería y un quiosco de pan donde se puede comprar *ka'ak*, el pan jerosolimitano cubierto de sésamo, y escuchar canciones clásicas árabes durante cada minuto que está abierto —Fairouz por las mañanas y Umm Khultum por las tardes—, se encuentra el supermercado Freij. Los extranjeros con dificultades para superar la escasez de alcohol en la parte oriental recurren a Freij, donde el señor Nadim siempre tiene cerveza fría y vino de Belén, que garantiza una soberbia resaca si no se toma con moderación. Cuando se compra alcohol, Nadim esconde las botellas en bolsas de plástico de color negro brillante. El objetivo es que no se vea el interior para no ofender a los musulmanes practicantes, pero es un tipo de bolsa que no deja dudas de lo que lleva dentro.

Me encanta Freij. Es el típico supermercado de barrio, de los que había en mi pueblo, Beasain, antes de la proliferación de las grandes superficies y las tiendas con productos *delicatessen*. Las paredes no existen porque están cubiertas de todo tipo de víveres y cada vez que se necesita algo de las zonas más altas alguno de los ayudantes jóvenes tiene que hacer escalada libre por esos muros de latas de conserva, cajas de cereales, galletas y botellas de aceite y vinagre. Allí encuentras sorpresas semanales como galletas María o Príncipe, espárragos de China, cereales sin gluten y un queso de Hebrón, Areesh, de 0% de grasa, que cada vez que lo compro, y es a menudo, el bueno de Nadim me recuerda que «no sabe a nada, es solo para quienes hacen dieta». El queso insípido de Hebrón se paga a precio de Idiazabal y la mortadela de pavo, al de Jabugo. Aunque es una tienda cristiana no vende cerdo; para conseguirlo hay que ir a un supermercado de judíos rusos en Ben Yehuda o a determinadas carnicerías de Beit Sahour o Beit Yala.

Cuando Nadim empezó a trabajar en la tienda la moneda que circulaba era el dinar jordano, tras el inicio de la ocupación llegó el séquel y con los años, gracias al auge del turismo, se manejan también euros y dólares. Lo que más me llama la atención es cómo recuerda todos los precios sin tener una sola etiqueta a la vista. Todo está en su cabeza y en los papeles donde toma notas. Es un espacio libre de tecnología.

Los Freij son una institución en Palestina. Pronunciar su apellido supone recordar la figura de Elias Freij, alcalde de Belén durante veinticinco años, mano derecha de Yaser Arafat y su ministro de Turismo. Sirvió a Belén durante el control británico, jordano, israelí y palestino. Freij pudo con todos y fue una voz que siempre denunció el éxodo masivo de cristianos de Tierra Santa. Pese a ser una figura independiente de la OLP, aceptó tomar parte de la delegación palestina que viajó

en 1991 a España para asistir a la Conferencia de Madrid, antesala de los Acuerdos de Oslo. Todo un personaje.

A pocos metros de la tienda hay un puesto enorme de venta de pan. Allí se encuentra el famoso Kaak, el pan típico de Jerusalén cubierto de sésamo y con forma de anillo estirado. El pan de pita es el más popular en todo Oriente Medio, pero el Kaak es característico de esta ciudad y, en concreto, de las dos grandes panaderías que trabajan durante veinticuatro horas en Musrara para que puestos como este frente al Freij tengan siempre pan a la venta. Desde el supermercado, rodeado de Kaak —toda una tentación— se divisa poderosa la Puerta de Damasco con sus dos grandes torretas a cada lado, que le dan un aire de fortaleza. Es la gran entrada a la Ciudad Vieja y yo la miro como si se tratara de un túnel del tiempo que te engulle para llevarte a esos tiempos pasados a los que debemos este presente.

Entremos.